

REINAS DE FUEGO

Dramaturgia: Kerim Martínez

Personajes:

Lidia, la hija

Arcelia, la madre

El público entra en una cocina impecable. Todo está en su sitio. Lidia, una mujer de unos veinte años, está de espaldas y sirve café en una taza. El lugar se impregna con este olor. Ella viste con bata de dormir. Su rostro es bello, sin una gota de maquillaje. La radio suena. Alguna canción alegre para despertar. La mujer busca algo desesperadamente en la estantería.

LIDIA: ¿Y ahora? ¿Dónde la habrá guardado?

Por fin encuentra una caja de cartón y saca un sobre de splenda que después vierte en su café. Mientras lo remueve con su cuchara, tararea la canción de la radio hasta que se interrumpe para dar paso a las primeras noticias de la mañana. Ella bebe café.

CONDUCTOR (en off.): Se han confirmado las identidades de las tres mujeres que perecieron esta madrugada en el incendio de la cabaña ubicada en la Marquesa. Se trata de Sofía Villaseñor, Denisse Pacheco y la ganadora sustituta del certamen Miss Elegancia 2012, la señorita Mónica Alarcón. La policía sigue investigando las causas que provocaron el fuego. Los organizadores del certamen están consternados por lo sucedido. Recordemos

que el año pasado las concursantes se vieron involucradas con el caso trágico de Lidia Blanco, la ganadora oficial. El padre de Sofía apunta...

Lidia apaga la radio. Toma su café. Aparece una mujer mayor, guapa, vestida con un camisón y una bata de dormir.

ARCELIA: Hola, hija. Buenos días.

LIDIA: *(seca)* Hay café, por si quieres.

Arcelia se sirve un poco. Acerca la taza a su rostro para sentir el vapor.

ARCELIA: ¡Qué frío hace a estas horas, verdad! ¿El azúcar?

LIDIA: Ahí, abajo está la caja.

ARCELIA: *(busca y después saca la caja)* Esto es *splenda*.

LIDIA: Sí y tardé mucho en encontrarla. Avísame dónde guardas mis cosas.

ARCELIA: Quiero azúcar.

LIDIA: Te lo acabaste con tu pastel.

ARCELIA: Es verdad. Ni modo: *Splenda*. *(Toma un block de post-it. Anota la palabra: azúcar)*. ¿Hace falta algo más? Por la tarde puedo ir a comprar cosas.

LIDIA: *(Entre dientes)* Arsénico.

ARCELIA: ¿Cómo?

LIDIA: No, creo que nada.

ARCELIA: ¿Escuchaste las noticias?

LIDIA: No.

ARCELIA: Mientras bajaba las escaleras escuché que tenías la radio...

LIDIA: Bueno, sí, apenas la quité. La puse mientras se hacía el café.

ARCELIA: Qué manera de empezar el día, ¿no? *(Pausa)* ¿Y qué piensas?

LIDIA: ¿De qué?

ARCELIA: Eran tus compañeras, Lidia.

LIDIA: Conocidas nada más.

ARCELIA: ¿Conocidas? Yo pensé que después de convivir tanto tiempo... Bueno, pues... Las preparaban juntas. *(Pausa)* Casi un año y...

LIDIA: ¿Y por eso debo sentir algo? No lo creo.

ARCELIA: Ellas te visitaron cuando... Ellas vinieron.

LIDIA: ¿Y eso las redime? Estaban fingiendo.

ARCELIA: Sigues culpando a todos. Lo mejor es olvidar. Tienes mucha suerte.

LIDIA: Lo que me hicieron no se olvida, mamá. Cada que me miro en un espejo... cada que me lavo el cuerpo... cada que... ahí está. Siempre. ¡Olvidar! Nunca. Ahí está. Aquí se quedará. Conmigo.

ARCELIA: Mira, hija, tú estás viva. Ellas que lo tenían todo... ya no pueden lamentarse de nada.

LIDIA: Viéndolo de esa manera...

Silencio incómodo.

ARCELIA: Haces el café muy cargado.

LIDIA: Así me gusta.

Saca un poco de leche y le echa a su taza.

ARCELIA: ¿Sabes lo que viene ahora, no? (*Silencio*) Claro que lo sabes. Pero a ti no te importa nada. Te da igual lo que nos pase a los que te queremos. No tardarán en llamar. En venir a la casa a meter las narices; querrán entrevistarnos y...

LIDIA: ¡A mí, mamá! Sólo quieren oírme a mí. Tú no les importas.

ARCELIA: ¿Qué les dirás? ¿Que tú no fuiste?

LIDIA: No he salido. Te consta. Soy tu prisionera.

ARCELIA: No seas así conmigo. Sólo te cuido para que no...

LIDIA: ¿Por qué te detienes? Dilo: para que yo no me mate. ¿Por qué te cuesta decirlo? Es lo que intenté hacer, a mí no me avergüenza. Sólo me encabrona el hecho de no haberlo conseguido.

ARCELIA: Tienes razón. Quizás ahora todo sería más sencillo. Yo podría estar haciendo... ¡qué sé yo! Algo. Haciendo algo, en lugar de vigilarte.

LIDIA: Para eso vives. Siempre lo has hecho. Como ya no puedo cumplir tu sueño, ahora cuidas de mí.

ARCELIA: No me vengas con eso. También era tu sueño.

LIDIA: *(baja la voz)* Sí. Lo era.

ARCELIA: De niña veías las revistas y decías: ¡quiero estar ahí!

LIDIA: *(sonríe)* Sí. *(Pausa)* ¿Recuerdas cuando robé tu maquillaje?

ARCELIA: Tenías ocho años. *(Ríe fuerte)* ¡Quedaste horrible!

LIDIA: *(contagiada de risa)* ¡Qué desastre! ¡Qué carota puso mi papá! *(Pausa, deja de reír poco a poco)* Qué bueno que se fue antes de ver todo lo que pasó después. Mira, es la primera vez que no le reclamo que nos abandonara. Él tenía su propio sueño y no estábamos incluidas en él.

ARCELIA: ¡Loco cabrón! Así se llama tu padre: cabrón.

LIDIA: *(suspira)* Ay, mamá.

ARCELIA: Son muchos años ya, deja de torturarme con lo mismo ¿quieres?

LIDIA: ¿Crees que eso es lo que intento?

ARCELIA: *(fuerte)* No lo sé, Lidia. Ya nadie lo sabe. Lo importante es que tu sueño sí estuvo vivo... un tiempo... corto si así lo quieres ver. Pero pudiste sentirlo. Ganaste el primer lugar. Fuiste la mejor reina de belleza. Te aplaudieron, te aclamaron, todas querían ser como tú. ¡Te envidiaban!

LIDIA: Sí y por eso pasó lo que pasó. Por la puta envidia de otras niñas sin cerebro que también anhelaban tener un primer lugar. Seguramente en sus casas las madres también las impulsaron y les llenaron la cabeza de mierda para que alcanzaran sus objetivos. Nadie puede soportar una derrota, ¿verdad? Pero a ti sí te queda ese consuelo: tu hijita ganó el primer lugar y más tarde a través de la lástima también le valió el primer lugar de una sociedad que sufrió al enterarse de lo que le hicieron. ¡Pobre!, decían. ¡Mira que alguien tan guapa...! ¿Qué será de ella ahora? Le dieron donde más le dolía. Su carrera acabada. ¡Pero alguna vez obtuvo el primer lugar! Que su mamita y ella se queden con eso. Fin de la

historia.

ARCELIA: Quería lo mejor. Eres mi hija y te quiero.

Silencio incómodo.

LIDIA: Lo sé.

ARCELIA: (*nerviosa*) Van a llamar. Estoy segura de ello. No tardan. Van a hacer preguntas. ¿Qué les vas a decir?

LIDIA: Nada. Porque eso sabemos: nada. Acabamos de enterarnos, lo lamentamos y punto.

Silencio largo.

ARCELIA: Lidia... Dime algo... Por favor, no te enojas más... ¿Tú crees que ellas fueron las que...?

LIDIA: (*Silencio*) Sí. Tengo la certeza de que dos de ellas lo hicieron. De Sofía, no sé. Siempre tuve mis dudas.

ARCELIA: ¿Por qué no las denunciaste entonces?

LIDIA: No. No las quería en una cárcel.

ARCELIA: Muertas, mejor.

LIDIA: Sí, muertas. (*Pausa*) Ahí está. Lo dije.

ARCELIA: Te ruego que no digas eso cuando llamen, cuando vengan.

LIDIA: No. No soy tan idiota. Me verán dolida, asombrada. Mis ojos rojos y cansados de llorar lo dirán todo. Mostrarán al mundo lo mucho que lo siento. Pasé tantos meses así que no me será difícil recobrar ese estado de ánimo.

ARCELIA: Mi niña, mi niña.

LIDIA: *(con festiva amargura)* Y si se ponen difíciles, mostraré al mundo mis cicatrices. Saldré en todos los noticieros causando lástima. Eso es lo que gusta ahora, lo que vende. Quizás hasta consigamos otra indemnización. ¿Te imaginas la cara de los conductores de la televisión en el momento en que la bella Lidia Álvarez muestre por primera vez su cuerpo lastimado? La gran exclusiva. Claro que antes pondrían imágenes del concurso con aquel bikini verde. Y así... ya no preguntarán, me seguirán viendo como una víctima más. Y punto final para el caso de las tres muertitas consumidas por el fuego.

ARCELIA: No te hagas esto, hija.

LIDIA: Tú tranquila. Sabes que no he salido. No me escapo por las noches para convertirme en una asesina serial. Aquí estoy y aquí estaré bajo la protección de mi mamita querida.

ARCELIA: ¿Te tomaste las pastillas?

LIDIA: ¿Y si no me las tomé, qué?

ARCELIA: No quiero que te hagas daño.

LIDIA: Están en el cajón.

Arcelia abre un cajón, saca un pastillero y selecciona unas cuantas pastillas de colores. Se las da a su hija. Lidia las traga y bebe agua. Después Arcelia traga una pastilla también.

LIDIA: Al principio servían. Ya no. Necesito otra cosa. Algo que de verdad me dé alivio.

Que no me haga pensar en... cosas.

ARCELIA: Le diré a Pedro que te cambie la medicación.

LIDIA: Prefiero dejar de verlo.

ARCELIA: Está bien. Pero buscaremos otro psiquiatra. Necesitas ayuda. Las dos la necesitamos. *(Mirando el reloj)* Ya es la hora. Vamos a tu cuarto.

LIDIA: Aquí. La habitación me deprime. La pomada está en la estantería.

Arcelia alcanza un frasco blanco. Lo abre. Toma un poco del contenido con sus dos manos y las frota.

ARCELIA: Descúbrete.

Lidia se quita la parte superior de su pijama. Tiene la espalda con gasas y vendas. Arcelia le ayuda a quitarlas, de cuando en cuando su rostro refleja dolor y asco. La espalda de Lidia está destrozada, su piel quemada repleta de cicatrices con colores rojizos. Arcelia posa sus manos sobre ella.

ARCELIA: Empieza a sanar.

LIDIA: ¿Lo crees?

ARCELIA: Sí, poco a poco. Se nota mejor. Tengo las manos frías, disculpa.

LIDIA: Casi no te siento.

ARCELIA: ¿Cómo?

LIDIA: Siento tu cariño, tus cuidados, tu dolor. Pero casi no siento tus manos. Estoy llena de pedazos muertos que no sienten.

ARCELIA: Lidia.

LIDIA: Bueno, aquella noche tampoco sentí al principio. No me di cuenta de la gasolina resbalando por mi espalda. Ni de su olor. Salí a mi papá, él también dormía profundo.

ARCELIA: Lidia.

LIDIA: ¿Por qué le tienes tanto miedo a las palabras? A decir cosas.

ARCELIA: Estás viva. Toda tú.

LIDIA: Así me sentía mientras el fuego me acompañaba: viva. Creo que nunca me había sentido así. Ni cuando me coronaron. Despertarme aquella madrugada envuelta en llamas ... Puedo decirte que sentí todo lo que puede sentirse y en tan poco tiempo. Ni siquiera cuando Mario me tocaba me sentía tan viva.

ARCELIA: No me cuentes eso.

LIDIA: Tanto pudor el tuyo. ¡Qué más da! Él ya no quiso tocarme. Se fue. Dejé de gustarle. ¡Qué raro! Y mira que mi vagina no se deformó. Es la misma. Muchos hubieran matado por tocarla. Los veía espiarme mientras me cambiaba. Y hasta eso, me gustaba que lo hicieran.

ARCELIA: Lidia.

LIDIA: ¿Crees que alguien quiera volver a penetrarme?

ARCELIA: Sabes que odio estas conversaciones.

LIDIA: No me quites la mirada y responde. (*Silencio*). Me ves como si fuera una degenerada y no lo soy. Nunca lo fui. Mario fue mi primer amor, el único.

ARCELIA: ¿Y si él fue quien incendió la cabaña para vengarte? Si te amaba tanto como crees, él pudo...

LIDIA: ¿Él? No. Es un cobarde. Siempre lo fue. El único incendio que causó fue entre nosotras al enterarnos que nos había cogido a todas.

ARCELIA: No lo sabía.

LIDIA: No. No pude contarte nada por... tu pudor con ciertos temas. En fin, en ese momento tenía amigas para confiarles mis cosas. *(Irónica)* ¡Amigas!

ARCELIA: Pues si Mario se portaba así, es mejor que se haya esfumado.

LYDIA: Ya no lo tengo, no lo tendré nunca. Y me hace mucha falta. Al parecer ya nadie me complacerá, doy asco ¿no?

ARCELIA: *(cortante)* Listo. Cúbrete, mi vida.

Lidia se cubre. Abraza a su madre un instante. Arcelia se sorprende. Lidia la suelta. Le quita el frasco de las manos y lo coloca en la estantería.

ARCELIA: ¿Quieres ver una película?

LIDIA: Sí. Te espero en el cuarto.

Sale. Arcelia enjuaga las tazas en el fregadero. Lloro. Suena el teléfono. Se espanta al principio, no sabe si contestar o no.

ARCELIA: *(gritando)* Yo contesto hija. *(Toma el teléfono)* ¿Hola? *(Silencio)* ¿Qué quieres? ¿Por qué llamas?

Llega Lidia. Las dos se miran fijamente. Silencio muy largo. Arcelia escucha por el auricular, se nota sorprendida. Después de un rato cuelga.

LIDIA: ¿Qué pasa, mamá? ¿Quién era?

ARCELIA: Tu papá.

LIDIA: *(sorprendida)* ¿Y? ¿Está bien? ¿Qué te dijo? *(pausa)* ¿Va a venir?

ARCELIA: *(tarda en responder, se sienta)* Me pidió que lo disculparas por desaparecer de tu vida. Dijo que espera que lo que hizo anoche en la cabaña sea suficiente para que lo puedas perdonar. Que tú eres la única ganadora de esa corona.

LIDIA: Pero...

ARCELIA: *(tajante)* Fue todo. Tenía la voz entrecortada y colgó. Tu padre no es de los que lloran. *(Silencio)* ¿Contenta? Tu papá llamó y te dejó un mensaje. Sólo eso dijo, para mí no hubo palabras. *(Pausa)* Será porque les tengo miedo, como dices. Ustedes dos son igualitos: monstruos, dementes... Nadie se podría imaginar que por dentro estás más fea que tu propia espalda. *(Pausa)* Te espero en el cuarto. Si no te apuras empiezo a ver la película yo sola.

Lidia queda sola. Va hacia la estufa. Prende la hornilla. Pone su mano derecha cerca del fuego. Siente el calor. Sonríe.

FIN